



CARTA DEL DIABLO DESDE EL AVERNO, PARA LA DIABLADA EN GOBIERNO



Yo, **Fray Tomás Delvino Blanco, Arcipreste**, que soylo désta comarca e vecinas délla, domiciliado en la **Abadía de Santa Catalina** de esta parte del **Paraná**, enllegando al paraje que mis feligreses distinguen como **Aguaráguaquí**, questá a medio camino do se inicia el río al otro lado, que el vulgo llama **Kaváhú-Cuatiá Grande**, dejo justificación por la presente que: siendo el día de **San Luis Gonzaga**, que agradó a **Nuestro Señor y Salvador** en este mundo, que diz es entrando el inclemente, y estando de balde en la esquina de **Corrientes y Esmeralda** de **Buenos Aires** para cumplir una promesa a **San Expedito**, vino a ocurrirme que se me apersonó un sujeto que dijo llamarse el **Hombre que Está Solo y Espera**, para entregarme una carta que, a su vez, le había sido concedida por un cochambroso sentenciado como el



Turco Abdala, tercio excluido del **Correo**, con la intención que viese lo que podía hacer conguella; y que, como no sabiendo qué hacer, y menos qué deshacer délla, vínole a su caletre miserable la idea de entregármela a mí, Párroco como tengo dicho, para que le esparciera unos pocos litros de agua bendita; queste home luego pidióme la bendición que se la di con tanta unción como si fuera viático, pero sin el óleo, por afligido que lo vide; que a la misiva la esparcí con el hisopo y agua bendecida por el nuestro Vicario Malaver y Pinto para que fuera más valedera; mas que tales remedios no alcanzaron para sufragar tantas ponzoñas e maleficios, y no siendo ni efectivo el fuego por no arder el papel a la llama y sonar el agua como fritura cuando lo tocaba, me resolví por enviarla a un correveidile con la intención de que se publique e divulgue; que no sé decir si tal cosa se hará y si será posible, por lo que me encomiendo a Nuestra Santa Madre María para que me cuide y proteja (aquí sigue el protocolo labrado por el escribano). El texto dice:

El Inframundo, a treinta días de la llegada de Bernardo a la Saca del Drepa.

A mis hijillos reputativos:

Flor de Cochambre don Caníbal Fernández y

Hediondo de Ley don Malaberto Fernández

Casa de la Mandingada en Malón

Salamanca 50

Ciudad Anómala de Buenos Aires

Manga de diablejos sin abuela; mefistofélica sarna salida de mis callosidades; legumbrices mías:

Les escribo esta apostilla porque ando tan contento que pareciera me ha salido otro rabo a la par de otro cuerno. Accidentes por los cuales no pienso dejar de ser El Drepa de todos ustedes: que son los virus y estreptococos mandados por mí, para corroer las pampas y estragar a los pampas. Lo de las dos colas, mal no me vendría, para espantar el mosquerío del verano. En cuanto al cuerno ustedes saben bien como son estas cosas, así que digo que me salió nomás.

Pero la contentura es porque hace menos de 30 jornadas ha llegado, después de 83 años que lo echara al mundo para percutir las almas, estragar los cerebros y hacer de la lógica un fecaloma, don Bernardo, o Berny como yo lo llamo junto con los cultósicos de la Recoleta, adyacentes a los periodistas: gente de saber tan amplio como un lago y de profundidad tan somera como un dedo. Pero vean y miren, vinchucas mías y gangrenas del erario público: resulta que, en esta curva de la vida, se le dio a este coso por decir la verdad, lo que es contrario a mis principios, según lo ha decretado el de Arriba (y así le fue), desde hace como sofocientos años. Bueno: y ahí nomás me lo traje al pretérito, arrugado como el bandoneón de Troilo, a la cincha de una pata; aunque él se resistió arañando el suelo como gato cocinero que lo tiran de la cola. Porque Berny se quería quedar para seguir silogismeando en la manada. No me importa; tampoco esa monserga del autoritarismo con que bate el parche la gilada: yo soy el Taita y a mí no me van a venir a guapear con la alpargata macuca, bigotuda y atada con alambre. Ahora Berny está de Inspector General de Cámaras

Sépticas, lugar a donde van a parar mis elegidos en fondo, forma y olor. Allí llevará el Libro de Entradas y Salidas, que es mamotreto; bien al día, con letra redonda y clara. Lo puse de esta manera, porque la hornalla me pareció mucho para un alumno ejemplar que desmierdó el alma de una gran cáfila de infelices marrulleros como él. Pero de noche lo pongo en una tinaja, de esas panzonas como las de blandear aceitunas, intentando que no hable y, si lo hace, que no lo escuchen. Aunque no sé cómo hacer para que no razone más. Porque hay tipos que diciendo cosas pierden a todos, y pensando me pierden a mí también. Es como si las nalgas se les vuelvieran cabeza.

Les cuento, hilachentos flecos salidos de mis hemorroides dolorosas, que estuve en España. Sí. En esa España que ahora tanto me gusta, porque en ella me siento feliz como en casa. No la España antañona. No. Esa que decían debía cumplir un destino en lo universal, particularmente, con la antigua América Hispana, hoy más conocida, y gracias a nuestros empeños, como la Bolsa de Gatos sin arreglo ni costura. En la Península me hospedé, ora en el cuerpecito de Juan Carlos, uno de mis mejores discípulos; ora en el de Zapatero, maravilloso satanista, que está haciendo un trabajo luciferino, envidiable, con las logias esparcidas hasta debajo de los felpudos y retretes. Y bien: allí me enteré de lo que está pasado aquí con los mastuerzos del campo. Pero, díganme: ¿qué se han pensado esta sarta de maragatos sancochados con repollo y perejil? ¿Eh? ¿Qué? ¿Que esto, el superior gobierno, mi gobierno, es como la bailanta del Cambá Cué? ¿Donde uno entra y, sin decir agua va, se roba una chinita, cruza de tararira con cururú lagunero, de mofletes lustrosos, olor a cebollas y lavandina la cabellera y, asida por los cuadriles, envuelta en el poncho calamaco, uno se la lleva al hombro, rumbo a los pajonales con toda la intención de enseñarle los números romanos o el gerundio con el participio pasado? No. No y no. ¡Ah, pero a la que los campiriños soñando creyeron vaca tuerta, se les volvió toro: ponga y dele a la guampada! Ahí les salieron, anchos como pisada en el barro, mis hijillos predilectos que son la vieja Cletina con el apoyo del viejo Cacho Lupín: dos pingazos de mi flor, o de Luzbel si prefieran, como para hacerles una boleteada el domingo en San Isidro. ¡Que se arremanguen ahora y se abajen los calzones los de la pléyade agropecuaria porque es grande lo que se les viene por la retaguardia! Quedarán con el opérculo para arriba como tero picando lombrices al recibir el supositorio con peluca. No lo duden.

Escuché atentamente los discursos de la Cletina y de Cacho Lupín. Miren: yo no los voy a regañar a ellos, por haberme robado algunas frases e ideas completas que les mande en unas cartas, para injertarlas en las arengas como de su cosecha. No. Aunque pudieron haberme mencionado como “nuestro Drepa que está en el Subsuelo”. Total, ¿quién se hubiera dado cuenta? Nadie. En aquel selecto salpicón que se veía, daba lo mismo cogote, que espinazo o cadera y sopa con fideos moñitos. ¡Y qué emoción de ver la cantidad de banderas coloradas! ¡Mi color! Que la gilada cree que es del sindicalismo bolchevique (¡Ay de ustedes satánicos renegados!). Aunque también las había negras de la Anarquía. Qué decadencia más abstrusa: ¡esos son mis hombres y mujeres! Y otras rojas y negras: el anarco-sindicalismo. Ella misma, la Cletina, se había vestido en uno de los actos de rojo y negro para dar el ejemplo. Así se construye una Patria donde el naco será nuestro estandarte.

Sin embargo la genialidad pasa por haber mandado el desatino al Antro del Chanchullo Nacional, con su Cámara Alta (inodoro a pedestal) y Cámara Baja (inodoro a la turca). Porque en aquella madriguera, antes de empezar, los del campo ya están muertos. Dicen que allí habrá diálogo, lo que es una zoncera porque los chanchulleros son sordos en su mayoría; y mudos todas las veces que pueden. Ellos obedecen ciegamente a la Diablesa y al Supay (que es el que maneja a la Diablesa). El discurso es un exquisito compendio de frases hechas (cuidado con lo que dicen porque muchas son de mi colección). Para presionar a los sugestionables chanchulleros, la Plaza de las Dos Letrinas se ha transformado en un camping do mora la caracha nacional, flor del estercolero: gente de comer salteado, habitantes de la noche como los vampiros, haraganes crónicos, personas que viven a salto de mata, bandidos de noche y mesón, y borrachos de antología. Si se ponen 100 de estos en una compactadota de basura, no se saca uno bueno (si es que no se rompe la compactadota). Tampoco son reciclables, porque a los gusanos que crían, se los meriendan guisados y los asientan con tinto.

Y los chanchulleros son hijos de mi más tierno costal. Ellos son los que votaron la ley del divorcio para dinamitar la familia criolla que siempre nos jode; los que remataron YPF (para que España, la Madre Patria que la Parió, sea un país petrolero); los que vendieron por treinta dineros a Gas del Estado; los que liquidaron Aerolíneas Argentinas; los que cobran sueldos tales que una maestra de grado o un policía tiene que trabajar 14 meses para cobrar lo que un chanchullero en uno; etc. ¿Y en estos tipejos se ha ido a depositar la confianza, la buena fe, la esperanza, la necesidad de justicia? Pero, ¿se dan cuenta que la gilada no tiene límites? Por eso yo vivo tranquilo, pestíferos míos. Y hasta me animo a decir que, por cada gil que se muere, nacen dos, o tal vez tres. De manera que la cosecha de giles, como el cacahuete, nunca se acaba. En esta patria la zafra de giles es la única que está verdaderamente asegurada. Les dejo mis vómitos, liendres, pulgas, musarañas y ratones. Vuestro Drepa del Subsuelo: **MANDINGA**